



moverse. Con 360 metros de longitud, 220 de anchura (66.000 m² de superficie libres de pilares), 107 de altura y una estructura ligera de 148.000 toneladas de peso y puertas de 220 x 110 metros, el hangar quedaba vacío. Capaz de albergar en su interior los rascacielos de la Potsdamer Platz o de abarcar seis manzanas del Eixample, el gigantismo de este edificio resulta difícil de asociar a cualquier otra obra de arquitectura. Se trata más bien de una enorme burbuja de espacio, una burbuja que, desde principios de este año, está ocupada por un paisaje tropical de playas de agua cristalina y arena blanca, bosques de vegetación selvática y palmerales. La empresa Tropical Islands ha construido en el interior del hangar una Isla Tropical, un paraíso de ocio que espera recibir tres millones de visitantes anuales que pagarán entre doce y dieciocho euros por entrar. La principal atracción es el clima: una temperatura constante de 25° C, una humedad de entre el 30 y el 50 por ciento y el agua a 31° C; pero, evidentemente, hay más: coloristas bailarinas moviéndose a ritmo de samba, recreaciones de rituales folclóricos hawaianos y altavoces camuflados que emiten sonidos pregrabados de pájaros tropicales.

Esta isla tropical desplazada al norte de Europa no es una experiencia aislada. La empresa holandesa de turismo familiar Center Parcs lleva varias décadas promoviendo instalaciones similares y en la actualidad ofrece un abanico de más de veinte localizaciones en Holanda, Bélgica, Alemania, el norte de Francia e Inglaterra, veinte burbujas con palmeras y aguas cálidas, en la brumosa llanura europea.

Más ambicioso aún, el multimillonario petrolero texano Ed Bass promovió en los años ochenta un proyecto de recreación del hábitat terrestre bautizado como Biosfera 2, en referencia a la Biosfera 1, la Tierra. Bajo una gran estructura de vidrio y acero de casi 13.000 m² de

superficie, cincuenta kilómetros al norte de Tucson, Arizona, en pleno desierto de Sonora, se recrearon cinco paisajes distintos: una selva tropical, un desierto, una sabana, campos agrícolas y un océano. Una colonia de ocho hombres y mujeres de distintas edades y nacionalidades fueron confinados en este lugar de 1991 a 1993. La intención era crear un modelo para una hipotética colonia espacial. Aunque el contacto con el exterior estaba prohibido, los pobladores de Biosfera 2 eran observados concienzudamente y sus problemas de salud, la falta de recursos o las disputas internas eran interpretados como un episodio piloto de la colonización del espacio. Mezcla de experimento decimonónico y película de ciencia-ficción de serie B, a este proyecto con escaso valor científico pero gran impacto mediático puede reconócerse con el tiempo su carácter precursor de muchos *reality show* que, años después, coparon con gran éxito las televisiones de media Europa.

Pese a que una segunda tripulación fue introducida en Biosfera 2 en 1994, el proyecto entró al poco en crisis y, a partir de 1996, esta estructura a medio camino entre una maqueta de la Tierra y un tubo de ensayo, fue reutilizada por la Universidad de Columbia en un programa de estancias semestrales para estudiantes de biología. A principios de este mismo año, el centro se ha puesto de nuevo a la venta y Christopher Bannon, director de Decisions Investment Corp., su propietario actual, ha confesado que “nos gustaría que Biosfera 2 siguiera teniendo una actividad relacionada con la investigación, aunque somos conscientes de que es probable que no sea así. Estamos abiertos a cualquier tipo de oferta: desde entidades gubernamentales o universidades a spas o comunidades religiosas”.

Dubai recrea el mundo

The World es un resumen de este tipo de deslocalización. En el golfo pérsico, frente a la costa del emirato árabe de Dubai, se está construyendo “el mundo” y su conclusión está prevista para 2008. Un conjunto de trescientas islas artificiales cuyos perfiles redibujan el contorno de los países y continentes de este planeta. Las islas se venden por separado como propiedades inmobiliarias. Si uno dispone de entre seis y veinte millones de euros puede comprar Texas o Arabia Saudí o Francia; pero no Israel y Palestina, porque en este mundo recreado no existen. El 10% de las islas ya ha sido vendido sobre planos.

En Catalunya, en la Vallflosca (Pallars Jussà, al lado del Parc Nacional d'Aigüestortes i Sant Maurici), a los pies de un pequeño pueblo llamado Espui, que permanece prácticamente inalterado, se han empezado a mover tierras para generar, en la concavidad del valle, una topografía artificiosa. En un valle secundario, conocido como Barranc de Filià, se situará un telearrastre que llevará a unas pistas de esquí también en proyecto. Se trata de un nuevo centro turístico que pretende unir el golf y el esquí en un entorno natural extraordinario como una forma apoteósica de turismo absoluto y transestacional, sin dejar un hueco libre de consumo al tiempo. Y sin embargo, curiosamente hace años que no nieva a esta altura de forma suficiente. En un valle paralelo, la antigua estación de esquí de Llessú abandonada hace unos diez años es la premonición más clara y la imagen más veraz de un paisaje postturístico que ya ha desplazado sus instalaciones al interior de burbujas en las cuales el control atmosférico y climático es posible. |



CRÓNICAS RIFEÑAS



PACO SANCHIDRIAN

El Rif de hoy

El Rif de hoy ya no es el de antes. Los glóbulos rojos son menos visibles porque gracias a Dios el mundo descrito en estas crónicas rifeñas ya ha desaparecido

ALI LMRABET

Ya no existe un Buchta El Bagdadi, cruel enviado del sultán Mulay Abdelaziz que arrasó Aduz, el pueblo de mis ancestros, en 1896, obligando a Taimunt y a su familia a exiliarse en el interior del Rif. Hoy, aunque siguen los abusos y atentados contra los más elementales derechos humanos, en el Rif ya no deambulan las mehallas, los batallones del sultán que quemaban pueblos y cercenaban cabezas para luego colgarlas como trofeos de guerra en las entradas de las medinas.

En la bahía de Alhucemas o en el campo de Nador, las ‘vendettas’ que diezaban familias enteras en una orgía de sangre digna de un matadero el día de la fiesta del cordero, son cosas del pasado. Si las enemistades y conflictos entre tribus no se han extinguido (¡faltaría más!) y algunos rebrotes siguen amenazando la paz del reino de Sidna (el sultán Nuestro Señor), el número de choques y muertes en las batallas campales ha bajado considerablemente. Y es casi imposible que vengadores del estilo de Haddú y Chaib que exterminaron decenas de enemigos, o considerados tal, para vengar el vil asesinato de su pobre hermano Aisa, puedan andar sueltos. Este tipo de hombres ya no tiene sitio en el Rif de 2005. No es que no existieran, pero la colonización y luego la monarquía absoluta, a falta de pacificarlos completamente, han apaciguado algunos de sus ánimos guerreros.

La última vez que el Rif se ‘despertó’ fue después del terremoto en el invierno de 2004. Pero no fue para rebelarse contra alguna mehalla moderna del sultán o para exigir el retorno de la República

Rifeña de Abdelkrim. No, no, el enfado se originó cuando los montañeses siniestrados se dieron cuenta de que la ayuda humanitaria estaba bloqueada porque el gobierno no quería distribuirla antes de la pomposa y mediática llegada del rey a la zona. Naturalmente, no fue una rebelión de las masas, sino un estrepitoso mosqueo contra la autoridad central que temió por un momento que algunos descendientes de los que hicieron Annual en 1921 decidieran volver a las andadas.

En el Rif de hoy, donde no se construyó ninguna carretera desde 1956, las poblaciones locales no se lanzan ya en cruentos combates contra milicias extranjeras, o contra el ejército nacional como ocurrió entre 1958 y 1959. Nuestras gentes prefieren lanzarse al mar en busca de una vida mejor. Aunque tengan que ahogarse en el Estrecho de Gibraltar. Conflictos como la guerra de África, la guerra del Rif o la Guerra Civil Española son ya recuerdos lejanos. Casi todos los testigos o participantes en las dos primeras han muerto, y los de la tercera, que aniquiló la República, son escasas sombras de otra época (no más de unas decenas de supervivientes), que deambulan en las estrechas callejuelas de las medinas norteñas marroquíes.

En cuanto a mi abuela Taimunt, que está en el origen de estas incompletas crónicas rifeñas que se acaban hoy, dejó este mundo infeliz en 1977. No murió en su casa de Tetuán, ni fue víctima de algún vengador enemigo. La última de los Izemuren de Aduz pasó a una vida mejor una tarde de invierno en una habitación del hospital militar español de Tetuán. Lo único que dijo antes de reunirse con su creador fue: “Alá”